



Patronato de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

La presente colección bibliográfica digital está sujeta a la legislación española sobre propiedad intelectual.

De acuerdo con lo establecido en la legislación vigente su utilización será exclusivamente con fines de estudio e investigación científica; en consecuencia, no podrán ser objeto de utilización colectiva ni lucrativa ni ser depositadas en centros públicos que las destinen a otros fines.

En las citas o referencias a los fondos incluidos en la investigación deberá mencionarse que los mismos proceden de la Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife y, además, hacer mención expresa del enlace permanente en Internet.

El investigador que utilice los citados fondos está obligado a hacer donación de un ejemplar a la Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife del estudio o trabajo de investigación realizado.

This bibliographic digital collection is subject to Spanish intellectual property Law. In accordance with current legislation, its use is solely for purposes of study and scientific research. Collective use, profit, and deposit of the materials in public centers intended for non-academic or study purposes is expressly prohibited.

Excerpts and references should be cited as being from the Library of the Patronato of the Alhambra and Generalife, and a stable URL should be included in the citation.

We kindly request that a copy of any publications resulting from said research be donated to the Library of the Patronato of the Alhambra and Generalife for the use of future students and researchers.

***Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife
C / Real de la Alhambra S/N . Edificio Nuevos Museos
18009 GRANADA (ESPAÑA)
+ 34 958 02 79 45
biblioteca.pag@juntadeandalucia.es***



BIBLIOTECA DE
LA ALHAMBRA
EST. A-1
FOL. 1
NO. 25

A-4
4
76

AVISOS

MORALES Y CRISTIANOS

para conocer

EL ORIGEN DEL PECADO

y buscar su remedio.

EN CUATRO POEMAS,

COMPUESTOS POR UN RELIGIOSO DE
la Provincia de S. Pedro de Alcántara.

Donativo del Sr. Conde de
Romanones á la Biblioteca

Con licencia en Granada:

IMPRENTA NUEVA DE D. FRANCISCO
Benito Valenzuela. Año de 1817.

Initium omnis peccati est super-
bia. Ecclesiastici cap. 10. V. 15.

No á robar voy con simulado amago
 Alguna hojilla del laurel de Apolo.
 Ni me cautiva con oculto alhago
 Del honor aparente el torpe dolo.
 Trátame bien ó mal su surro vago.
 Sea el Divino agrado mi fin solo.
 Y si algun alma á Dios por tí se guia,
 Date por bien premiada, musa mía.

Es la soberbia el soplo emponzoñado
 De la antigua malévolá Serpiente:
 El veneno sutil y sublimado,
 Que atacó al hombre sano, é inocente:
 Aquel humo invisible sulfurado,
 Que evapora el Averno pestilente,
 Y respiran las furias infernales
 Para agitar los míseros mortales.

De aquel aire, aquel humo, aquel veneno
 El alma racional inficionada,
 Allá en lo mas profundo de su seno
 Guarda cierta tendencia depravada.
 Por ella se resiste á imperio ageno,
 Quiere mas bien mandar que ser mandada;
 Y aunque le perjudique lo que intenta,
 El triunfo de su gusto la contenta.

Tal es el apetito turbulento
 De la propia excelencia y alabanza.
 El desplega la fuerza de su aliento,
 Si navega con próspera bonanza.
 Y quando se revuelve opuesto viento
 Contra la posesion, ó la esperanza,
 Al corazon envuelve en amargura,
 É inquieta á la razon en su apretura.

No sería soberbia este apetito,
 Si á la heróica virtud solo aspirase,
 Ni tendría el concepto de delito,
 Si á la propia alabanza renunciase,
 Fuera entonces un bien muy exquisito
 De la mas alta y elevada clase,
 Y conduciría el hombre á la excelencia
 Sin aquella viciosa turbulencia.

Mas por desgracia aspira al bien terreno;

Al luxo, á la riqueza y vanagloria:

Y en esto ocupa con afecto pleno

El sentido, el discurso y la memoria.

Suelta á la libertad el noble freno,

Que le apartára de tan baxa escoria.

Y quando así sus líneas se dirigen,

Es de todo pecado triste origen.

Nada del mundo á la soberbia doma:

En la felicidad es insaciable;

Si padece, escarmiento no le asoma,

En el dolor es dura, é intratable.

Si alivio puede hallar, pretexto toma

Para hacer su esperanza inapeable.

Todo lo arrolla por su propio aumento,

Prestando siempre al vicio nuevo aliento.

Es pues el pecador un atrevido

En toda especie ó clase de pecado.

Siempre que peca oprime el alarido

De la conciencia fiel, que le ha avisado.

Desprecia al mismo Dios, que ha prohibido

La acción á que imprudente se ha arrojado.

Es la infernal soberbia quien le guía,

Y de la ley Divina le desvia.

Le falta al hombre quando injusto yerra,
 De la humildad el contrapeso y lastre:
 Y sin ella no hay mal sobre la tierra,
 A que la vil soberbia no le arrastre.
 De aquí la enemistad, la iniqua guerra,
 La traicion, la venganza y el desastre.
 Viéndose bien, al ver lo que es orgullo,
 Que tanta adversidad es fruto suyo.

Lleva éste vicio capital consigo
 Cierta sequela de pesados males.
 Los eternos son siempre por castigo;
 Mas no siempre los son los temporales.
 Halla el Cristiano en estos un amigo,
 Que en desengaños fieles y leales
 Le indica alguna vez con elocuencia
 Del propio amor la grave transcendencia,

La enfermedad con su rigor violento,
 El negro deshonor con su latido,
 La pobreza en su triste descontento
 Dexándolo humillado y dolorido,
 Suelen mostrarle el ciego engreimiento,
 Que quizá le tenia endurecido.
 Y entónces la verdad irrefragable,
 Le inculca esta doctrina respetable.

Desde que el Angel terco y obstinado
 Se entregó por su culpa á eternas penas,
 Desde que Adan inobediente osado
 Sembró ingrato de espinas las arenas
 Hasta el último dia señalado
 Para el gran triunfo de las almas buenas,
 Fué y será la soberbia y su soltura
 Móvil del vicio, causa de amargura.

Incendios, terremotos, tempestades,
 Diluvios, hambres, pestes y venenos,
 Y la gran variedad de enfermedades,
 Que el cuerpo humano mana de sus senos,
 Nuevas y antiguas infelicidades,
 De que miles sepuleros se hallan llenos,
 Callo... ¿Quién los estragos ha medido,
 Que el orgullo á la tierra ha conducido?

Elementos rebeldes y traidores,
 ¿Quién os dió el ascendiente poderío?
 Muerte fiera, engreida en los horrores,
 Que da tu imágen al cadáver frio;
 ¿Quién te dió tal firmeza en los rigores,
 Que exerce contra el hombre tu alvedrio?
 Nos confirió (responden) los poderes
 El hombre en sus soberbios proceder.

Me han distraído los terribles males,
 Que la dura soberbia ha originado,
 No siendo los objetos principales
 Del fin, que me he propuesto y he indicado.
 Debo hablar de los vicios especiales,
 Que en el género humano ha procreado,
 Allá voy. Ojalá supiera huirlos;
 Aunque en nada atinase á describirlos.

Con fastidio hablaré del presumido,
 Que fixa en la apariencia su deseo,
 Lleva el paso estudiado y muy medido
 Con cierto artificioso contoneo,
 Habla hueco, desdeña collierguido,
 Ríe sin causa, mira con rodeo.
 Soberbia es ésta; mas soberbia tonta,
 Que á muy pequeña altura se remonta.

Otro necio se apura y se desvela,
 Y sin cesar con la soberbia frisa,
 Por una miserable yagatela
 Digna del menosprecio, ó de la risa.
 Un dije, una luciente piedrezuela,
 Un moño... ¿Dónde voy, si voy de prisa?
 Fuera de la virtud no hay bien amable,
 Y todo es irrisible, ó despreciable.

Hay otra vanidad aun más osada

Empeñada en mostrar sabiduría.

El que la sirve, nunca ignora nada:

Le es bastante la maña, ó la porfia.

Queda en sus lábios la verdad burlada,

Que huye de él á mejor hospedería.

El muestra su soberbia bien de bulto;

Y la verdad se vengá de su insulto.

Otro pretende aparentar prudencia

Grave y pesadamente entremetido,

Y en todo quiere, valga su influencia,

Y sea su consejo preferido.

Desprecia á los demás con insolencia,

Así mismo se alaba envanecido.

Cosa agena, jamas le satisface:

Solo es digno de elogio lo que él hace.

Otros soberbios van mas adelante:

Como son el avaro, el ambicioso,

El hipócrita vil, el intrigante,

El gloton, el lascivo, el perezoso,

Iracundo, envidioso, é inconstante,

Por último el incrédulo furioso:

A quien parece, que con mas cuidado

La soberbia ha nutrido, y ha formado.

Vé el avàro infeliz, que su codicia
En deseos nocivos le introduce,
Que le inclina, ó le lleva á la injusticia;
Que á la amarga dureza le conduce.
Mas la soberbia á la razon desquicia:
El falso honor la ciega y la desluce.
¿Qué importa? (dice) á bien que mi riqueza
Sostiene mi esplendor y mi grandeza.

Solicito de honor el ambicioso
Es la misma soberbia concretada.
Para elevarse adula al poderoso,
Y guarda su intencion disimulada.
Ya se muestra contento, ya quexoso,
Tiene la ciencia cómica estudiada:
Y se acomoda á todos los papeles
Altos; ó baxos, blandos; ó crueles.

¿Y el hipócrita vil qué se propone?
No desnudar de lobo la piel vieja;
Y que engañado el público le abone,
Encubriéndose bien con la de oveja.
Con gran cuidado su exterior compone,
Con profunda cautela se maneja,
Representa virtud con arte y nervio,
Aparenta humildad; y es un soberbio.

(II)

¿Qué es intrigar? fingir merecimiento,
Hambrear poderosas protecciones,
Despreciar ó alabar sin miramiento
Segun dictan las propias pretensiones,
Padecer (para ser) abatimiento,
Tramar dolos, enredos y traiciones,
Y asestar la virtud con sorda mina
Para sentarse sobre su ruina.

Una espléndida mesa regalaba
No rara vez, sino diariamente,
A aquel rico que á Lázaro trataba
Con tan áustero mísero ascendiente.
No era pues blanda gula quien dictaba
El desperdicio pródigo y frecuente.
Soberbia era cruel mas engreida,
Si ve afliccion agena desvalida.

Asalte al hombre con atroz audacia
La pasion sènsual inverecunda.
¿Quién vencerá su fuerza? La eficacia
De un temor santo y sumision profunda.
¿No vence? Le entretiene, ó le congracia
El torpe objeto y la aficion inmundá?
¿Cae en la tentacion? Luego el lascivo
No teme, no se humilla, es un altivo.

Promete el Evangelio feliz muerte:
 Al siervo que se hallare vigilante:
 Luego dudosa debe ser la suerte
 del floxo, perezoso y dormitante.
 ¿Qué se observa en el uno, qué se advierte?
 Temor, cuidado, y humildad constante.
 ¿Y en el otro? Vanísima esperanza,
 Presumpcion, y atrevida confianza.

Cabe ira en el hombre moderado,
 Que intenta corregir al delincuente.
 Mas si de propia injuria exásperado
 Fomenta de la ira el fuego ardiente,
 Si el colérico humor exácerbado
 Le inclina á la venganza osadamente,
 Dá del soberbio la mejor pintura
 Su color, su actitud y su figura.

Resplandece de Dios la Omnipotencia
 En los dones y bienes naturales,
 Qué reparte su sábia Providencia
 Con ciertas restricciones desiguales.
 Mal contento por ésta diferencia
 El soberbio en sus miras personales,
 Convierte en triste cárdeno veneno,
 Amargura y dolor el bien ageno.

No es el hombre en el vicio incorregible
 Mientras respira el ayre de esta vida.
 Pasa del mal al bien irreprehensible,
 Y humilla á veces la cerviz erguida.
 En otras el orgullo, inaccesible
 A ésta humildad, que le es aborrecida,
 Obstinado le inclina á la inconstancia
 Y le conduce á su malicia rancia.

Mas audaz el incrédulo atrevido
 Quebranta el Soberano mandamiento,
 Y dentro de sí mismo reprehendido
 Constante ahoga el buen remordimiento.
 Quiere en su iniquidad ser aplaudido,
 Y pasa á mas altivo pensamiento.
 Forme (dice) el instinto nuevas leyes:
 Mueran los Sacerdotes y los Reyes.

Antiguamente la soberbia humana,
 En sus pasiones torpes insistiendo,
 Fingió á su antojo la deidad liviana,
 Por quitar al pecado el rostro horrendo.
 Mas atrevida ahora, y mas insana,
 Toda ley sin pudor contradiciendo,
 Niega el Dios verdadero, y el profano,
 El derecho divino y el humano.

En todo buen principio vacilante,
Resuelve el vil audáz de ésta manera:
No quiero (dice) un Dios tan vigilante,
Que me domine y mande, como quierá,
Comeré libremente la elegante
Gustosa fruta, que vedada fuera,
Y desenrollaré con mis razones
La malicia ó bondad de las acciones.

Continua ésta furia del infierno:
¿Porqué (dice) ha de haber allá otra vida,
Y en ella un premio, ó un castigo eterno
Segun sea ésta al fin reconocida?
No mas conmigo tal cuidado interno:
Lexos de mi inquietud tan desmedida,
Quiero vivir sin tan horrible susto,
Y obrar á la medida de mi gusto.

Así el furioso, incrédulo¹ se explica
En sus viles pasiones exáltadas,
Y tal es el sistema que edifica
Con su lengua y su pluma envenenadas.
Infeliz el mortal, que ratifica
Contradicciones tan desesperadas,
Que acá arrancan la paz de la conciencia,
Y allá inducen inútil penitencia.

De solo Dios, que todo bien reparte,
 Descendió el Sacerdocio y el Imperio.
 Ni es posible, viniere de otra parte
 Ó ya el uno, ó ya el otro Ministerio.
 Si algun intruso eleva el estandarte
 O del uno ó del otro magisterio,
 Es porque el mismo Dios así lo ordena
 Por nuestra correccion, ó nuestra pena.

Se conoce muy bien por el efecto
 El gobierno Divino y el humano:
 Si es de Dios, y legítimo el Prefecto,
 Nada tiene de duro, ó de tirano.
 Se gobierna, y gobierna por afecto
 Dirigido de influxo Soberano:
 Alienta al bueno, enfrena la malicia,
 Cumple y hace cumplir toda justicia.

Mas si el gobierno viene por castigo,
 Y reynañ del derecho los reveses,
 El Prefecto no es mas que un enemigo,
 Que solo ve sus propios intereses.
 Tiene al orgullo y ambicion consigo
 Por consejeros fieles y corteses.
 ¡ Quántos insultos! ¡ Quántas tiranias!
 Bastante lo han mostrado nuestros dias.

Es la Ley del Señor inmaculada:
 Ablanda empedernidos corazones,
 Los llena de alegría sublimada,
 É ilustra sin auxilio de razones.
 Está en sí misma bien justificada
 Sin las humanas investigaciones.
 Y si es para el incrédulo severa
 Justa no pudo ser de otra manera.

Las verdades que dan el fundamento
 De las ciencias humanas naturales,
 No dependen del corto entendimiento,
 Con que las adaptaron los mortales.
 Si se resisten con torcido intento,
 No dexarán por eso de ser tales.
 No cede mas á la razón humana
 La Ley Divina, eterna y Soberana.

Preceden pues al hombre eternamente
 La Verdad, la Bondad y la Justicia:
 Le precede aquel Ser independiente,
 Cuyos dones incauto desperdicia,
 ¿A donde vas, ó incrédulo insolente,
 Con tu dura ignorancia y tu malicia?
 ¿Te podrás escapar de su Presencia,
 O eludir su adorable Providencia?

Éterna pena el día de la ira.

Le será señalada á tus antojos.

Y el alto premio, á que el humilde aspira,

Verás entonces con tus mismos ojos.

Entonces la soberbia y la mentira

De la eterna verdad serán despojos.

Los buenos triunfarán: y su ventura

Excederá del tiempo á la mensura.

Ó penar, ó gozar eternamente:

Dios hizo el alma para siempre estable,

Para que así no burles vanamente

Su poder Sábio, Santo, é inmutable.

Eres á aniquilar insuficiente

Un granillo de arena despreciable.

¿Podrás irte al abismo de la nada

Por sola tu eleccion desordenada?

¿Quién eras, quando Dios al mundo hacia,

Y á su ser de la nada lo sacaba,

La luz de las tinieblas educia,

Y todo el Universo calculaba?

¿De qué auxilio tu nada le servia?

¿Qué consejo tu nada le prestaba?

Eres algo por sola su clemencia.

¿Y quieres sojuzgar su Omnipotencia?

Eres algo, y un algo de alto precio:
 No polvo, cieno, piedra ó tosca arena,
 Oro, ú plata, de que haces tanto aprecio,
 Y en que colocas tu esperanza plena;
 No estúpido animal, ó bruto necio,
 Cuya accion y pasion solo es terrena.
 Eres un ser mas noble y preferido:
 Se mas templado y mas agradecido.

Nuestro cuerpo mortal y corruptible
 Es mas que el ayre, el agua, tierra ó fuego.
 No es meramente máquina insensible,
 Que hace un efecto solo con su juego.
 Su grande perfeccion no es producible
 Por el acaso, ó movimiento ciego.
 Es un ser sábiamente organizado,
 Y al servicio del alma acomodado.

Nuestro ser incorpóreo inteligente
 En su seno verdades atesora,
 Y con cuidado atento y diligente
 De lo que sabe infiere lo que ignora.
 Si el bien elige concertadamente,
 Por su libre eleccion tanto mejora,
 Y tanto al Angel celestial se arrima,
 Que en poco ménos su valor se estima.

Unido al cuerpo es fin, y complemento
 De ésta asombrosa máquina del mundo.
 Y forma al hombre máximo portento,
 De habilidades manantial fecundo.
 El sentido le es pródigo instrumento,
 Nuncio igualmente rápido y facundo.
 El arte, la memoria, ¡Ai Dios, que abismo!
 ¡Quánto es el hombre dentro de sí mismo!

Todo el poder del Orbe se resiste
 A criar una sola vil hormiga:
 Luego tu ser de Dios lo recibiste:
 ¿Cómo tu voluntad le es enemiga?
 Tu mismo de tu nada no saliste:
 Contempla quanto tu Hacedor te obliga.
 Oye á mejor Poeta, al mismo intento,
 De su nada entregado al pensamiento.

En el profundo del abismo estaba
 Del no ser encerrado y detenido:
 Y todo lo que es algo en mí faltaba,
 La vida, el alma, el cuerpo y el sentido,
 A salir de mi nada no atinaba:
 Yo era ménos que el cieno corrompido.
 Y el gusanillo mínimo y hollado,
 Un Rey era conmigo comparado.

*Discite à me, quia mitis sum, et
humilis corde, et invenietis requiem
animabus vestris. Mathaei cap.*

II. V. 29.

Aquel, que desde eterno fué engendrado,
Y en medio de los tiempos nos fué dado,
Para luz, gracia, salvación y guía,
Del humano linage, que yacia
En la sombra de muerte sumergido,
El Verbo, el Unigénito querido,
En quien se complació el Eterno Padre,
Y en nuestra forma, de una Virgen Madre,
Se humilló para darnos la pérdida
Feliz por siempre duradera vida,
He aquí el remedio, el exemplar, la norma,
Con que todo en el mundo se reforma:
Fuera del qual no hay ciencia suficiente
Para curar al ánimo doliente.
En Christo quiso Dios, se instaure todo:
Nada se instaurará por otro modo.
Por la soberbia el hombre esclavo gine,
Y la humildad de Christo lo redime.

Fué por Adan la muerte introducida:

Por solo Christo volverá la vida.

Adan inficionó su descendencia:

Christo la restituye á la inocencia.

De Adan nos viene el vicio y el resabio,

Que sin Christo no cura el hombre sábio.

Remedio que de Christo no dimana,

Aliviará quiza; pero no sana.

De la mejor moral Filosofía:

Sin Christo, es vana su sabiduría.

Présentame el estoyco mas severo:

Si á Christo no confiesa, no lo quiero.

Dexa al hombre el Licurgo mas sabido

En su propia soberbia sumergido.

Y si algo ve de su ponzoña activa,

Le receta una droga lenitiva.

Ni es bien que de esto la razon se asombre;

Porque no alcanza mas la luz del hombre.

Para remedio de defectos tantos

Habló antes Dios por los Profetas Santos,

Y últimamente como Pablo dixo,

Nos quiso hablar por su querido Hijo.

Los Angeles nacido le anunciaron.

Humildes los Pastores lo adoraron.

De lexis vienen Reyes poderosos

Y sus dones le ofrecen obsequiosos.

El Cielo y Tierra prueba dan bastante
 De que el Hijo de Dios es éste Infante.
 Este hombre así por Dios divinizado,
 Este Dios por el hombre así humanado,
 Que posee y gobierna por sí solo
 Quanto existe del uno al otro Polo,
 Á quien debe inclinar su noble frente
 Toda naturaleza inteligente,
 Nada grande apetece, quando nace,
 Un establo le agrada y satisface:
 Unas pajas le abrigan; y dos brutos
 Le ofrecen homenages, y tributos.
 El asno rudo el frio le minora:
 El buey simple respira y le acalora.
 Y á su modo reprueban la aspereza
 Del hombre que desdeña la pobreza.
 No desprecia Jesus tal compañía,
 Josef no la desecha, ni María.
 Ni echan ménos el fausto, ú el abrigo.
 Del palacio de Herodes su enemigo.
 Audacia vil de la arrogancia humana,
 Que en tu luxo te elevas tan ufana,
 Que en la prosperidad te engries tanto
 Para acabarla en afliccion y llanto,
 Aprende de éste exemplo á nivelarte,
 Y en lo alegre ó lo triste moderarte.

Soberbio Farisaico, que te adrogas
 Virtudes, que no tienes y desfogas
 Tu orgullo contra el débil delincuente,
 Mira á este Niño Santo é inocente,
 Por essencia incapaz de todo vicio,
 Dar del original legal indicio,
 Permitir, que su carne sea herida,
 Cumplir con obediencia comedida
 De la circuncision la ley molesta,
 Que á los hijos de ira estaba impuesta,
 Mírale huir de Herodes, que irritado
 De fiera crueldad asesinado,
 Le persigue con mano astuta y fuerte
 Para pacificarse con su muerte.
 ¿Huyes, Señor, de flaco, ó de cobarde? Y
 ¿Ah! ¿Quién habrá que tu poder aguarde?
 ¿O quién no temerá tu justa ira,
 Quando enojado tu poder le mira?
 Tú puedes confundir al vano Herodes.
 Mas no hay que recelar que le incomodes,
 Quando pretendes, que de tí aprendamos
 La humildad, á que tanto nos negamos,
 De ésta misma virtud nos das exemplo,
 Oyendo á los Doctores en el Templo.
 Les preguntas modesto, y contenido,
 Les respondes atento, y advertido,

Muestras tu celestial sabiduría
 Con liberal y franca cortesía,
 Escusas generoso tu alabanza,
 Y zeloso procuras su enseñanza.
 Tu lábio gracia sin igual respira.
 Tu prudencia, y respuestas los admira.
 Bautismo ofrece Juan de penitencia,
 Que convenir no pudo á tu inocencia.
 Lo pides, buen Jesus, Juan se resiste:
 Al fin, Señor, como Señor venciste,
 Recibes el bautismo de su mano
 Como qualquiera pecador mundano,
 Y usas por ésta vez de tu dominio,
 Buscando á la soberbia su exterminio.
 Por tanta humillacion no menos vales:
 Las dos Personas que te son iguales
 En tu ser increado independiente,
 Testifican de tí sensiblemente,
 Inaccesible á humano desconsierto
 Del Jordan te retiras al desierto.
 Allí te aloja dilatado ayuno:
 A Satanas permites, que importuno
 Como á un Justo comun llegue á tentarte,
 Con todo su poder, malicia y arte.
 ¿Á qué, Señor humillaciones tantas?
 ¿Acaso tus virtudes sacrosantas

Podrán con el ayuno, y el retiro
 Tomar mas noble, y elevado giro?
 ¿O te podrá servir el ser tentado
 Para ser en la prueba mejorado?
 Ni ayuno, ni retiro necesitas,
 Ni te interesan pruebas exquisitas.
 Á nosotros convienen éstas cosas
 Viciados de pasiones tenebrosas.
 Su remedio tu mérito asegura,
 Y tu humildad nuestra soberbia cura.
 Christianos de lo eterno olvidadizos,
 Presos de los diabólicos hechizos,
 Que mirais como bienes superiores
 La riqueza, el placer, y los honores,
 Iniquos pecadores de costumbre,
 Que obrais ya la maldad sin pesadumbre,
 Filósofos del mundo atolondrados,
 En necias vagatelas disipados
 Por el bien de una vida deleznable
 Mezclado de amargura miserable,
 Que llamais falsamente fortaleza
 Á vuestra infiel sacrílega dureza,
 ¿Para qué asi vuestra razon delira,
 Y amais la vanidad y la mentira?
 ¡Oh enorme desconcierto y desgobierno!
 Amad ya alguna vez el bien eterno:

Aquel gran bien sin óbice, ni mengua,
 Que no puede explicar humana lengua.
 Amad las celestiales bendiciones
 Prometidas á humildes corazones.
 Á los pobres de espíritu: templados,
 Afables, apacibles, moderados;
 Á los que lloran con dolor profundo
 Los males, que el orgullo traxo al mundo:
 Á los que han hambre, y sed de la justicia:
 Y obran misericordia sin codicia:
 Á los castos y limpios de conciencia:
 Pacíficos con justa deferencia:
 Á los que en la virtud bien imbuidos
 Por ella son del malo perseguidos:
 Á los que hieren lengua maldiciente,
 Y acusa temeraria y falsamente,
 Y por amor de Dios con alegría
 Sufren la injuria y vil alevosia.
 Por allá es suyo el Reyno de los Cielos,
 Y por acá son suyos los consuelos
 De paz, justicia y gozo peregrino,
 Que les presta el Espíritu Divino.
 Tales virtudes Christo nos propone,
 Y tales son los premios, que dispone,
 Para que el hombre indocil, é inflexible
 Sea facil, humilde y avenible.

Con éste mismo fin de varios modos
 Repite avisos, admirables todos.
 Enseña que al ladrón no se resista:
 Contiene al avariento, y egoísta.
 Si aquél la capa arrebatada procura,
 Dice; que se le dé la vestidura.
 Si el otro presta, manda, que lo haga
 Sin recibir del beneficio paga.
 Todos quiere, que sean liberales
 Con sus dones y bienes temporales.
 Exhorta á que se ampare el desdichado,
 Al oprimido y al encarcelado,
 Al párvulo, al enfermo y desvalido,
 Pues en ello se da por bien servido.
 Si un jarro de agua por su amor se ofrece,
 De mérito y de premio no carece.
 Manda la mansedumbre, y simil toma,
 Ya de la oveja, ó ya de la paloma.
 Hiere del Fariseo la insolencia,
 Y del niño le opone la inocencia.
 No se da en su doctrina por contento,
 Reprobando el injusto juramento.
 Dexa también proscripta, y reprobada
 Toda palabra vana y destemplada.
 Un sí, y un no, sencillo y sin porfia,
 Quiere; valga en la humana compañía.

Quanto excede á éste trato humilde y llano;

Á principio atribuye nada sano.

Para enfrenar el ódio furibundo

Riguroso amenaza al iracundo.

La reconciliacion desconocida,

O solo por política inducida,

Y que al orgullo humano tanto amarga,

Sin dilacion que se execute encarga

Antes que el astro hermoso y refulgente;

Convierta en meridiano el occidente.

Ni permite, al altar nos acerquemos

Sin que ésta diligencia practiquemos.

Debemos aplacar al agraviado;

Aunque sea el agravio existimado.

Y el que hubiere el agravio recibido.

Lo ha de entregar á generoso olvido.

Si la ofensa mil veces se repite,

Tampoco se hace lícito el desquite.

Hemos de perdonar los ofensores

Sin atender humanos pundonores.

Y el perdon ha de ser cordial, sincero,

Atractivo, agradable, nada austero.

Hemos de amar á nuestros enemigos

Con la misma verdad que á los amigos.

Les hemos de mostrar igual semblante,

Del interior pacífico indicante,

Haciéndoles benéficos oficios,
Volviéndoles por daños beneficios,
Y rogando por ellos con afecto
Interesado por el buen efecto.
Aun hay más: quiere Christo vida nuestra,
Que, si es herida la mexilla diestra,
Ofresca al ofensor el agraviado
Sin detención la del opuesto lado.
¡Oh celsitud de santidad divina!
¡Oh admirable evangélica Doctrina!
Un moral tan sublime y nunca oído
Necesitaba el hombre corrompido.
Nada sobraba para que cediese,
Y para que humillada se rindiese
La cerviz del Hebreo terca y dura,
Y del Gentil la indómita bravura.
¿Te parece, Christiano, impracticable
Humildad tan excelsa y estimable?
Necio yerras: ¡Oh error ignominioso
Oculto al corazon presuntuoso!
Exámina tus obras con cuidado,
Y quedarás quizá desengañado.
Profundamente tu interior penetra,
Verás tu error bien claro, y á la letra.
¿Quántas veces políticas razones
Te apartan de iracundas intenciones,

Te hacen fingir pacíficas bondades,

Y aparentar sinceras amistades?

¿En cuántas ocasiones, cuántas veces

Besas la misma mano, que aborreces,

Y con bien estudiado disimulo

Haces valer tu rendimiento nulo?

Ya que por tu interes asi te humillas,

Haz por Dios esas mismas maravillas.

Muda de intento, humíllate rendido

Con interior ingenuo, y no mentido,

Con sencillez christiana, y no por arte,

Véngate bien ó mal el humillarte.

Si mal; no cuides de que esté mal visto,

Sibien; no mas que por amor de Christo.

Sea un fin recto el movil de tus obras,

Y asi te verás libre de zozobras.

Si tu fin fué sencillo, bien lo hiciste;

Si malicioso, todo lo perdiste.

Ayuna y ora, duélete del pobre;

Pero no vano aplauso el fruto cobre.

Este el fin era de los Fariseos

De la gloria mundana Corifeos.

Obra el bien con cautela; y si te vieren,

Hablen bien: hablen mal: como quisieren.

En la murmuracion, ó en la alabanza

Ten bien equilibrada tu balanza.

Sea la Cruz tu guia, luz y norte,
 No te haga reclinar otro resorte.
 Si el desprecio te busca, bien venido;
 Si el honor, dile, que es un fermentido.
 Ve Christo, que se intenta hacerle Rey;
 Y aunque esto no se opone á justa ley,
 Se ausenta y no permite ser hallado
 Hasta que está el proyecto retractado,
 En el monte Tabor se transfigura,
 Y prueba de su gloria da segura
 A tres de sus Discípulos queridos,
 Dexándolos de asombro poseidos.
 Pero que callen, luego les advierte,
 Hasta que él muera y triunfe de la muerte.
 Para dar de comer á los hambrientos
 Aumenta de uno á mil los alimentos.
 Cura ciegos, tullidos y leprosos.
 Ilumina dementes, y furiosos.
 La fiebre, y toda corporal dolencia
 Huye de su contacto, ó su presencia.
 La miseria, el pecado y el demonio
 De su inmenso poder dan testimonio.
 La muerte misma no le resistia
 Envuelta en podredumbre al quarto dia.
 A la luz de tan altos beneficios
 Ofusca la evidencia los indicios:

Como el sol las estrellas obscurece,

La duda y la opinion desaparece.

Y aunque Christo en distintas ocasiones

Ocultas sus benéficas acciones,

Su honor se aumenta, y merecida fama:

La voz del pueblo en júbilo le aclama.

Él á su Eterno Padre dá la gloria,

Que no es á su humildad satisfactoria.

Túrbase el Fariseo jactancioso,

Aleve le murmura y envidioso.

Christo humilde y pacífico, le dexa:

Ni se muestra ofendido, ni se queja.

Con otro exemplo extraño y admirable

Muestra al fin su humildad inexplicable.

Lava Christo y enjuga con sus manos

Los pies á sus Discípulos: ¡Oh humanos!

Contemplad la actitud y la postura

Del que dió ser á toda criatura.

¡Oh nunca bien medida maravilla!

El Señor al esclavo se arrodilla:

Al pecador el Santo, Dios al hombre.

¿Quién habrá que al mirarlo no se asombre?

Tales son las doctrinas y virtudes,

Que opone Christo á nuestras inquietudes.

Quando el ánimo fiel las epiloga,

Sin resistencia á la soberbia ahoga.

¡Oh magisterio sabio y convincente!
 ¡Oh exemplo poderoso, y eloqüente!
 ¡Oh Redemptor, y Dueño de mi alma!
 Sígate yo ligero: no mas calma.
 En tí se encuentra la bondad cumplida,
 En tí el camino, la verdad y vida.
 De tí descienden superiores lumbres,
 De tí la suavidad de las costumbres.
 Á tí el orgullo necio, y presumido,
 Asombrado se rinde, y convencido.
 Y por tí el propio amor que ciega tanto,
 Se dirige á fin recto, justo y santo.
 Hírame ya, Señor, tu auxilio fuerte,
 Y dñeme la herida hasta la muerte.
 Aparta ya de mí, consuelo mio,
 Las tinieblas que turban mi alvedrío.
 Haz, que oygá yo tu Espiritu facendo:
 No me hable la política del mundo.
 Nadie fiel jamás de ciencia humana,
 Que no tiene el carácter de christiana.
 Si la cruz no mostrare, es mal segura;
 Aunque parezca buena, santa y pura.
 El pensar bien de todos sin enojos,
 El no mirar las pajas de sus ojos,
 Querer al bueno y malo sin desdenes,
 Prenderse de sus males, i ó sus bienes,

Mirar á todos con igual agrado,
 Servir al inferior necesitado,
 Consolar al turbado y afligido,
 Dar la mano al odiado y perseguido,
 El trato fiel, político y atento,
 La generosidad y sufrimiento
 Son virtudes dignísimas del hombre,
 Y nada ajenas del Christiano nombre.
 Mas quando éstas virtudes, ú otras tales
 Hijas de las civiles y morales,
 Se exercen por mundana vanagloria,
 Su bondad es caduca y transitoria.
 Duran solo esta vida pasagera,
 Y dañan en la vida advenidera.
 Su fruto es temporal y corruptible,
 Con el mérito eterno incompatible.
 El orgullo las mancha y las desluce,
 Y un veneno mortal les introduce.
 No se da en ellas Dios por bien servido,
 Porque su fin no le era dirigido.
 Se mudan tristemente en vicios viles,
 O son virtudes propias de Gentiles.
 Huvo entre estos á tiempos hombres raros
 De la verdad y la bondad aváros,
 Que viendo la virtud y su hermosura,
 Con ardor procuraron su cultura.

Mas ella ha menester segundo apoyo

Para domar el turbulento arroyo

De furiosas ilícitas passiones,

Que inundan los humanos corazones.

Y si se apoya solo de sí misma,

En naufragio mortífero se abisma.

Amaron la virtud aquellos Sábios.

La anunciaron al Vulgo con sus lábios.

A enseñarla aspiraron y ejercerla

Del modo, que pudieron conocerla.

Pero en la Fé Divina claudicantes,

En la vida futura vacilantes,

De dudosa esperanza conducidos,

Y de solo su ingenio sostenidos,

Se dexaron llevar del aliciente

De fama y honra posthuma, y presente.

Abrigaron incautos en su seno

Del orgullo el pestífero veneno.

Quedaron sus virtudes contagiadas,

Del Divino favor desamparadas.

A Dios no dieron el honor debido,

Y los dexó en su réprobo sentido.

¡Oh Sábios malogrados, é infelices!

Ya el origen se ve de los deslizes

De vuestra mal parada theología

Envuelta en ciega, y torpe idolatria;

Y de vuestros sacrilegos errores
Vestidos de retóricos colores.
¿Quién podrá examinar vuestras virtudes,
Vuestras fatigas y solitudes,
Vuestras leyes, costumbres y derecho,
Y quedar de vosotros satisfecho?
Mucho anhelo por bienes temporales,
Libre venia en placeres corporales
Sin mas limitación que la que pide
Esta vida infeliz, que el tiempo mide.
A favor de ella un pródigo gobierno;
Y ninguna memoria de lo eterno.
Al numen falso honor esclarecido;
Del verdadero Dios perpetuo olvido.
Si el orden, la belleza y hermosura,
Que resplandece en toda criatura,
O hace conocer con evidencia
De un solo Dios la sabia Omnipotencia,
O si en fuerza de claras ilaciones
Entendeis otras de sus perfecciones,
Si hallais, que todo de él está pendiente,
Vuestra conducta luego se desmiente,
Haciéndole la injuria, y el insulto
De dar á falsos dioses falso culto.
Si en algun modo usais de la templanza,
No colocais en él vuestra esperanza.

Lo posponeis á la deidad fingida,
 O respirais por la infeliz herida
 De aquella confianza miserable,
 Que inspira la soberbia detestable.
 ¡Oh Dios Eterno, Justo, y Soberano!
 Con razon los dexais de vuestra mano.
 No el que de falso dios adora iluso
 Estátua, que el artífice compuso;
 No el que se capta del honor presente,
 O de la fama infiel sobreviviente;
 No el que se afirma en su sabiduría;
 No el que en su brazo fuerte se confia;
 No el que á su voluntad está adherido;
 No el que corre valiente y atrevido
 Es el que adquiere vuestro auxilio y gracia,
 Y obra el bien en virtud de su eficacia.
 Mejor mirais al flaco y pequeñuelo,
 Que de sí mismo vive con rezelo.
 El simple, el abatido, el temeroso
 Anteponeis al noble y poderoso.
 Y á veces elegis la misma nada
 Para abatir soberbia entronizada.
 Asi, ¡Oh Dios, y Señor! lo habeis querido:
 Asi se ha visto y se verá cumplido,
 Para que asi el soberbio inobediente
 A adoraros aprenda reverente.

Christiano, si por dicha conociste a

Hasta donde al soberbio Dios resistes,
 Aparta de tu mente el mundo vano,

La envidia, la venganza, el odio insano,
 La discordia cruel, la torpe injuria,

Y odemas fetos, que la horrible furia
 Ha engendrado en espíritus inquietos,

Fecundo germen de malvados nietos.

Ama el ser ignorado y abatido.

Abístrate en tu nada y advertido
 Sospecha á la soberbia solapada

Aun debaxo del cero de tu nada.

Ella es astuta, porfiada y fuerte,

Y te ha de perseguir hasta la muerte.

Hazle callar, si te habla desatenta,

Con el temor de la futura cuenta.

Y dile, que ella con su mal influxo

A tanta deuda sola te conduxo.

Busca ya seriamente tu remedio.

No mires mas á la humildad con tedio.

Abrázate con ella apresurado.

Contempla lo que Christo te ha enseñado.

Tu salud lograrás en su Doctrina,

Su exemplo es la mas sana medicina.

Su yugo es dulce, blando y llevadero.

El peso de su carga es bien ligero.

Aprende de él á ser humilde y manso,
 Y hallarás de tu espíritu el descanso.
 Él mismo á que le imites te convida,
 Y te ofrece benéfica acogida.
 Y para que le sigas animoso,
 Por tí padece y muere afectuoso.
 En sus graves afrentas y dolores
 Tales verás de la humildad primores,
 Que el no amar su hermosura y su belleza
 Reputes ya por la mayor vileza.



Generalife
 CONSEJERIA DE CULTURA
 JUNTA DE ANDALUZA

Christus passus est pro nobis, relin-
quens vobis exemplum, ut sequamini
vestigia ejus. Sancti Petri, Epist.
 1.º cap. 2.º V. 21.

Para hablar dignamente
 De la humildad de Christo
 En su pasion y muerte dolorosa
 Mi lábio balbuciente,
 Mi espíritu improviso
 Se aviven por su Gracia poderosa.
 Y aquella sangre undosa,
 Que salió de su pecho
 Por la salud del pecador deshecho,
 Refrigere mi vena,
 Y hunde el alma mia,
 De afecto y de sabor la déxe llena.
 Présteme de su pluma
 Pablo la valentia.
 Y denme para obviar mi inercia suma
 Su luz los Querubines,
 Su amor los encendidos Séráfines.

Preven, Lector piadoso,
Con voluntad sincera
La atencion de tu espíritu y sentido.
Medita afectuoso,
Y á Christo considera.
En la oracion del hueno entristecido,
En ella ve afligido
Los tormentos crueles,
Que ya le acercan los anuncios fieles
De su ciencia Divina:
La prision alevosa,
El duro azote y penetrante espina,
Leño y clavo inclemente
Verdugo, y turba odiosa.
Y en ella ve circunstanciadamente,
Y no en suma, ó congerie,
De toda su pasion la amarga serie.
Allí ve los ingratos,
Que desperdiciarian
Su redencion copiosa, y saludable.
Allí los insensatos,
Que se condenarian
Por su dureza indócil é indomable.
Ve el daño irreparable:
Su sangre se enardece,
Su corazon se turba y estremece.

Y aquel fuego sagrado
Sus venas delicadas

Activo punza, y hiere acelerado,
Gotas, que el Cielo valen,
Brotan apesuradas,
Unas tras otras por los poros salen,
Corren hásta la tierra,
É imploran el pèdon para el que yerra.

Al dar tantas señales

De su dolor interno

El Salvador, en voz inteligible

Entre angustias mortales

Clama á su Padre Eterno:

Páse de mí éste caliz si es posible,

Su tierno amor sensible

Quisiera, hubiesé modos

Para salvar los pecadores todos.

Pero humilde añadia

Obediente, y rendido:

Tu voluntad se cumpla, y no la mía.

Y á sí mismo negado

Repetia avenido,

Y en la eterna Justicia resignado,

Cumpliendo sus deberes:

Hágase, Padre, como tu lo quieres.

La oblacion ratifica,
 Que generoso amante
 Hecho habia mil veces de antemano.
 Su vida sacrifica
 Con voluntad constante
 Por todo el infeliz linage humano.
 El Padre Soberano
 A tanto amor propicio
 Acepta el voluntario sacrificio.
 Un Angel aparece:
 Su humanidad conforta,
 Que ya á la fuerza del amor perece.
 Al dolor prevenido
 Su prevision soporta,
 Venera y obedece sometido
 La Justicia Divina,
 Y á sus decretos la cerviz inclina.
 Ea Judas aleve,
 Fariseo envidioso,
 Soldado incauto á tu interes vendido,
 Buscad camino breve
 Con paso presuroso.
 A la fiebre de amor está rendido
 Este Leon temido.
 Segura está la presa:
 Venid con mano armada y bien apriesa,

Judas llega el primero,

Preven el disimulo,

Da la seña con rostro placentero,

Prendedle ya, soldados,

Su hechizo y arte es nulo.

¿Adonde vais, sacrílegos malvados?

Un YO SOY de su boca

Confundirá vuestra arrogancia loca.

¿Qué fuerza os acobarda

Para caer rendidos

Al oír dos palabras solamente?

Jesu-Christo os aguarda:

Levantaos, atrevidos.

Atadle ya segura y libremente.

El se entrega paciente;

Vuestra hora ha llegado,

Su poder al infierno ha desatado.

Si resistir quisiera,

El mundo no bastára,

El Universo todo padeciera,

Todo se desharía,

Todo se aniquilára,

Antes que el odio, envidia y tiranía,

Que os mueve á tal intento,

Ofendiese su humilde sufrimiento.

Conducidle seguros,
 Llevadle sin clemencia
 Á Hebreos y Gentiles Tribunales.
 Buscad hombres perjuros,
 Que tilden su inocencia,
 Y le imputen delitos capitales
 Con dichos desiguales.
 No importa, que Pilatos
 Vuestra malicia entienda y dobles tratos,
 Fingid, que ha prohibido,
 Que se pague el tributo,
 Que al Imperio y al Cesar es debido.
 Amotinad la Plebe
 Con otro engaño astuto.
 No hayais miedo, sentencia lo que debe.
 Su peligro le doma:
 Teme á Jerusalem, y teme á Roma.
 Ya, devoto creyente,
 Del Redemptor Divino
 Comienza el padecer profetizado.
 Ya aquella infame gente,
 Repasando el camino,
 Como á Reo le lleva maniatado.
 El Señor mesurado
 Lleno de mansedumbre
 Muestra apenas terrena pesadumbre.

¡Oh exemplo inestimable!

¡Oh humildad, Soberana!

El Santo de los Santos, impecable

Por la Divina esencia,

Y por ésta en la humana,

Presenta de un malvado, la apariencia.

No despega sus lábios

Prevenido á mas ásperos agravios.

El Tribuno orgulloso

Le introduce inclemente

En la ciudad que los Profetas mata.

Ya Anás presumptuoso,

Ya Cayfas insolente,

Ya la junta, que unió la envidia ingrata,

Y de su muerte trata,

Preso á Christo recibe,

Y unánime á burlarle se apercibe,

Dichos descomedidos,

Preguntas infidiosas:

Atormentan sus cándidos oídos.

La junta se disuelve.

Queda entre las odiosas

Manos y lenguas, que el furor revuelve.

Nuevas exécraciones,

Nuevas injurias, nuevas irrisiones.

En toda aquella noche
 Apenas hay tormento,
 Apenas burla, ó sátira pesada,
 Que no se desabroche
 Con instinto violento
 De aquella chusma infame y depravada.
 La cruel bofetada,
 Las inmundas salivas
 Subrogan por aplausos, y por vivas.
 La vil traición de Judas,
 De Pedro la inconstancia,
 De los otros la fuga en voces mudas
 Hierre, averguenza, aflige
 La invicta tolerancia
 Del Salvador. Y todo se dirige
 A que aprenda el Christiano
 La humildad en su exemplo Soberano.
 Viernes por la mañana
 Se congrega el Concilio,
 Que ha de encubrir al ódio commovente.
 Ya ocupa furia insana
 El sólio y domicilio,
 Que á la Justicia solo es conveniente.
 Jesus está presente.
 La infame Synagoga
 En su áctitud crueldades epiloga.

Allí con tono altivo
 Se le manda al instante,
 Que declare si es Hijo de Dios vivo.
 Responde con modestia
 La verdad terminante.
 Ya (dicen) es superflua la molestia
 De nuevos alegatos,
 Y atado le conducen á Pilatos.
 Aquel rostro adorado
 De espíritus del Cielo
 En la calle á luz clara se presenta
 Herido, y afeado,
 Solo le cubre el velo
 De la vergüenza de su propia afrenta.
 La plebe desatenta
 Registra las señales,
 Que obscurecen sus gracias celestiales.
 No ya el hosanna pio,
 No la oliva ó la palma
 Unánime le ofrece el alvedrio.
 La novedad sorprende,
 La opinion queda en calma,
 Turbada algun momento se suspende.
 Y atenta al Fariseo,
 Servilmente se rinde á su deseo.

Del Concilio seguido,
 De Tropa rodeado,
 Llega en fin de Pilatos á la casa,
 Pilatos presta oído,
 Y el ódio envenenado,
 Á la verdad sus límites traspasa.
 La acusacion repasa,
 De que el Reo presente
 Se finge Rey de su Nacion y Gente,
 Y la pública ley
 Del tributo reclama.
 Pilatos le pregunta: ¿Eres tú Rey?
 Tú lo dices, responde.
 Ve Pilatos la trama,
 Y el fin que el pecho hebreo dentro esconde.
 Y uno de la asamblea
 Le dice, que es Jesus de Galilea.
 Luego que oye Pilatos,
 Que Christo es Galileo,
 Por política á Herodes lo remite.
 Y éste á ver aparatos
 De gravísimo reo,
 La causa del Señor gustoso admite.
 El juicio repite,
 Examina al testigo,
 Nada resuelve acerca del castigo.

En Christo hallar queria
Un hombre extraño y sábio.
Segun la fama divulgado habia.
Le hace preguntas varias:
Christo no abre su lábio.
Y observando señales tan contrarias,
Le burla y tiene en poco,
Y de blanco le viste, como á loco.

Con ésta insignia nueva
La turba le conduce
De nuevo á la presencia de Pilatos.
Este para la prueba
El Concilio reduce,
En que el odio concuerda á los ingratos.
Entiende los conatos
De su maligna envidia,
Que la vida de Christo les fastidia.
Y viendo, que hacer debe
De Juez, y de Abogado,
Habla así al Magistrado, y á la Plebe:
No hallo causa debida,
Ni Herodes la ha encontrado,
Para privar al Reo de la vida.
Quedará ápercebido.
Y os lo daré enmendado y corregido.

Y supuestó que hoy
 Se os guarda el cumplimiento
 De soltaros un reo, el que elijais,
 A Christo en suerte os doy,
 Y á Barrabas presento
 Público malhechor, qual no ignorais.
 ¿Quién de los dos librais?
 No previo éste rodeo
 La injusta emulacion del Fariseo.
 Ocorre promptamente
 A remediar su daño,
 É inspira á la escogida infame gente,
 Que al interes no lerdá,
 Traga el dorado engaño,
 Que pida á Barrabas, y á Christo pierda.
 A Barrabas proclaman.
 Contra Christo sus lenguas se derraman.
 Se derraman sin modo,
 Repiten desacatos,
 Abiertamente opugnan la Justicia,
 Y lo atropellan todo.
 Oficioso Pilatos
 Contradice y resiste á su malicia.
 Con voluntad propicia,
 Y atento á su conciencia
 Les opone de Christo la innocencia.

Crece el fiero tumulto,
 Levantan mas las voces,
 Se obstinan mas, y mas en el insulto,
 Y gritan mas crueles
 Con semblantes atroces,
 Que indican por señales harto fieles
 El designio previsto,
 Danos á Barrabas; y muera Christo.

Pilatos fatigado

Del motin que le inquieta,
 Al ver del Salvador la amarga suerte,
 Manda sea azotado,
 Con la intencion secreta
 De librarle; si puede, de la muerte.
 Ya el brazo duro y fuerte
 El verdugo levanta,
 Y atormenta su carne sacrosanta,
 Otro impio eslabona
 De puntas penetrantes
 Afrentosa espesissima corona,
 Y otro indigno malvado
 Con passos arrogantes,
 De la envidia cruel aconsejado,
 A buscar se apresura
 Ridícula purpurea vestidura.

Quando Pilatos mira
 A Christo envilecido
 Con el disfraz ridículo de Rey
 Conturbado se admira
 Del ódio enfurecido,
 Que tanto superó la misma ley,
 Lo muestra aquella grey
 No ya de racionales,
 Sí de fieros selvages animales,
 Y al punto que sus ojos
 Han alcanzado á verle,
 Crucifícalo: claman sus arrojos
 Y furiosos conatos.
 Ni pueden defenderle
 Las razones legales de Pilatos.
 Renuevan los clamores,
 Y amenazan del Juez los pundonores.
 ¡Oh humilde Jesus mio!
 Si hay en el mundo afrenta,
 Que sobrepuje al último suplicio,
 La envidia del Judío
 En tí me la presenta
 Con su cruel satirico artificio.
 ¡Oh excelso sacrificio
 De tu honor, y tu gloria!
 Confiese la soberbia tu victoria.

Ya tus sienes divinas **Divin**
 Ve el orgulloso necio **ins**
 Heridas de agudísimas **espinas.**
 Tus hombros azotados **le**
 Acecha con desprecio **en** y **la**
 De la púrpura vil vituperados **en**
 Y la turba enojosa **en**
 Ve la caña en tu **DIESTRA PODEROSA.**

Tus fieros enemigos **en**
 Acumulan dictérios, **en**
 Burlas, salivas, golpes, **hófetadas.**
 Se alexan tus amigos, **en**
 Crecen los improperios, **en**
 Y tus angustias son multiplicadas. **Y**
 Las furias obstinadas **en**
 Del motin clamoroso **en**
 Han vencido á Pilatos: **pavoroso**
 Firma ya la sentencia, **en**
 Que te lleva al Calvario **en**
 Ya se mueve la activa diligencia **A**
 Del soldado y verdugo. **en**
 Rigor extraordinario **en**
 Te impone ya el pesado **enorme** yugo
 Del cruzado madero, **en**
 Y vas como una oveja al matadero.

Id Redentor Divino,
 A morir animoso
 Para abrimos las puertas eternas,
 Allana el camino
 Desigual y fragoso,
 Que conduce á las dichas celestiales,
 Ilustre á los mortales
 Vuestra heróica paciencia,
 Vuestra humildad, y cándida obediencia,
 Fixen vuestros exemplos
 Nuestra errante memoria
 En la casa, en la calle y en los Templos,
 Vaya lexos el luxo,
 Lexos la yanagloria,
 Y lexos la soberbia, que conduxo
 La pena merecida,
 Que vais á redimir con vuestra vida.
 Alma devota y pia,
 Síguete afectuosa,
 Ya por la calle ya de la amargura,
 Acércate á María,
 Que le busca animosa
 Entre el bullicio, y bárbara apretura,
 Su maternal ternura
 No cede á tanta afrenta,
 Su amor en la deshonra se acrecienta.

Mueve el gentil soldado
 Tan heróica constancia,
 Y la encamina al Hijo deseado,
 Hijo y Madre se miran,
 Y en mutua consonancia
 A un mismo fin sus ánimos conspiran,
 Y presentan al Padre
 Sus dolores y afrentas Hijo y Madre,
 No te apartes un punto
 Del lado de María,
 Le verás hecho oprobrio de los hombres,
 Oirás, que es el asunto
 De la opinion impia,
 Que le injuria con viles sobrenombres,
 De suerte que te asombres
 Mas que de su tormento,
 De que sufra tan alto abatimiento,
 Llora con las mugeres
 De Fe santa y piadosa,
 Y te dirá, que atiendas tus deberes,
 Que llores tus pecados,
 Y seas oficioso
 En ayudarle a convertir culpados,
 Pues mas que sus dolores
 Le afligen los ingratos pecadores.

¡Aih! dirás afligida:
 El lugar del suplicio
 Se me presenta ya. La turba para! Y
 Y la cruz conducida
 Para el gran sacrificio.
 De los hombros de Christo se separa.
 Clavos aquel prepara,
 Y otro infame villano
 A desnudarle se apresura ufano.
 ¿Tendré valor bastante
 Para ver los horrores,
 Que se van á seguir en adelante?
 ¿Sufrirán mis oídos
 Sobre tantos rigores
 Del martillo los golpes repetidos?
 ¡Oh dulce Jesus mio!
 Aquí huye mi valor, me falta el brio.
 Si al ánimo piadoso
 Tanto dolor abate,
 Si al meditarlo tanto se acobarda,
 ¿Qué hará mi ingenio umbroso
 De tan baxo quilate,
 O que mi pluma rústica y bastarda?
 Aquí cobarde y tarda
 Mi mente se suspende,
 Un concepto retracta y otro emprende.

! Christo es crucificado!

¿Qué angustia ó qué tormento!

Igualará dolor tan desusado?

De hierro es la atadura,

Clavo es el instrumento,

Que sus pies y sus manos asegura.

¡Oh sensacion terrible!

A la imaginacion inasequible!

Quando el martillo vibra

El bárbaro verdugo,

Y rompe el clavo á golpes inclementes

De la membrana y fibra

El delicado yugo,

Ligamentos, y nervios adherentes

Los vasos continentes,

Las arterias, y venas,

¿Quién podrá concebir tan duras penas?

¿O quién podrá explicarlas?

Dichoso el que sentirlas,

Dichoso el que en silencio sabe amarlas.

Ni las vió ingenio agudo,

Ni el cálculo medirlas,

Ni el pincel sábio demostrarlas pudo.

El ánimo devoto

Rompió tal vez tan defendido coto!

En un hueco del risco
 Celeridad férina
 Dexa caer la cruz. De aquel tormento,
 Tu llagado Francisco,
 Tu herida Catalina,
 Nos podreis dar un fiel conocimiento.
 Y tu heroico portentoso
 De humildad y paciencia,
 Tú Jesus, que sufriste la violencia
 De penas tan agudas,
 Con la luz de tu gracia
 Suple la falta de mis voces rudas,
 Y al Cristiano piadoso
 Mueve con su eficacia,
 Para que beba grato y fervoroso
 De dolores tan graves
 Contra el orgullo antidotos suaves,
 Ya entre dos malhechores
 Se presenta elevado
 El Hijo de Dios vivo y verdadero,
 Cessarán los rencores,
 El odio encarnizado,
 La saña y rabia del Hebreo fiero?
 No cessan el azero
 De sus lenguas malvadas,
 Y de veneno aspideo salpicadas,

(61)

Hiere atrevidamente al soberbio no

Con injurias atroces

Del Señor el espíritu paciente

Libra tus pies y manos,

Si tu poder conoces,

De esa prision: le dicen muy ufanos,

Que te libre Dios vivo:

Le dicen otros con semblante altivo.

¡Oh contraste indecible!

El Todo-Poderoso

Está á tantas ofensas mudo y quedo.

Y el hombre contemptible,

Vano, y presumptuoso

Las repite con bárbaro denuedo.

Aspero, duro, y acedo

Se empeña en provocarle;

Christo en salvar al hombre y tolerarle.

Ruega al Padre humillado

Entre tantos dolores

Por los mismos que le han crucificado.

Constituye á María y

Madre de pecadores:

Y al buen ladrón, que en su poder confía,

Da el agradable aviso

De que irá en aquel día al Paraíso.

Son sobradas las causas,
 Que acercan el momento
 De consumir la redempcion copiosa.
 Viene la muerte á pausas
 Para dar mas tormento,
 Llegá en fin, aunque tarda y perezosa,
 La tierra tenebrosa
 Temblando da el indicio
 De el cruento adorable sacrificio.
 Muere Christo innocente,
 Porque morir elige
 Para salvar al hombre delinquente.
 En la vida y la muerte
 Con su voz nos dirige
 A la humildad en alta ó baxa suerte.
 Su exemplo en muerte y vida
 Dexa nuestra soberbia confundida.
 Si ya te ha enamorado
 La hermosa margarita
 De la humildad, de tí tan olvidada,
 Jesus Crucificado
 Te la halla, y facilita,
 Y con su sangre te la da esmaltada.
 Esta es la prenda amada
 Del verdadero Justo.
 Si peligra, hé aquí su mayor susto.

Sufre él por no perderla

La angustia mas terrible;

No la escusa, se goza en padecerla.

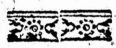
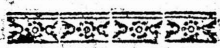
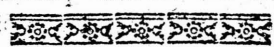
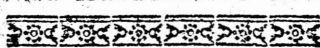
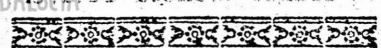
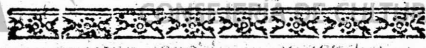
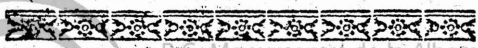
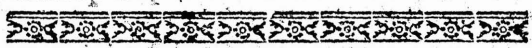
La opinion de si mismo

Baxa y desapacible

Le ilustra en éste saludable abismo.

Y en sólo éste cimiento

Halla la conversion su firme asiento.



JUNTA DE ANDALUCIA

Alhambra y General

¿ Qué te ha dicho, que viene ya tarde?

*Convertimini, et agite poenitentiam
ab omnibus iniquitatibus vestris, et
non erit vobis in ruinam iniquitas.*

Ezechielis c. 18 v. 30.

Sea el hombre lo malo que fuere,
Dios le llama en la hora, que quiere.
Y repite llamadas propicio
Al que siente el reato del vicio,
No desprecia al humilde, que llora
La maldad, que su ira atesora.
Pecador, que á piedad se apercibe,
En sus brazos dichoso revive.
Corazon humillado y conrito
El perdon obtendrá del delito.
Siente pues, pecador, tus maldades,
Y hallarás las divinas piedades.
El humor que destilen tus ojos,
Templarà los divinos enojos.
Clama y gime con Fe, y Esperanza:
Moverás acia tí la balanza.
No extremado temor te acobarde:
¿Quién te ha dicho, que vienes ya tarde?

El terror , y el horror de la ofensa

Aun te pueden servir de defensa.

Util es el dolor que te aflige,

Y al remedio te guia , y dirige.

Si su peso te abrumba , y embarga,

Christo quiere aliviarte la carga.

Á la tierra baxó desde el Cielo

Para dar al humilde consuelo.

Á él acude: en su pecho te esconde.

El por tí con su sangre responde.

Con su muerte por tí ha satisfecho:

Lo mas árduo lo tienes ya hecho.

Á la empresa con fé y energia,

Que Jesus te protege y te fia.

Vé á tu Dios , pecador , confiado

Como el niño á su padre enojado.

Pídele por su grande clemencia,

Que te inspire eficaz penitencia.

Vuelve , y vuelve millares de veces,

Y repite tus ruegos y preces.

No á discursos humanos acudas,

Ni escudriñes questões agudas.

¿ Qué te sirve el buscar opiniones,

O querer defenderte á razones ?

¿ De mil cargos que tenga tu vida,

Podrás dar á uno solo salida ?

¿Qué aprovecha la ciencia eminente;

Quando el fuego ha de ser el agente?

¿O qué presta el retórico labio,

Si acompaña lo tibio, á lo sábio?

Todo esfuerzo de humana prudencia

Es en este negocio insipiencia.

Busca solo el amor, que edifica;

No la ciencia que en viento fabrica.

¿Contrición verdadera! El tenerte

Es mejor que saber conocerte.

¿Santo amor de mi Dios! El gustarte

Es mejor que saber explicarte.

¿Soberanos afectos! Sentiros

Es mejor que saber definirlos.

Confession por la Gracia trazada,

Tu eres mas que la muy estudiada.

Hombre fragil, que erraste el camino,

Corresponde al auxilio divino.

Esta luz, te hará ver el veneno,

Que al pecar abrigaste en tu seno.

Ve, siguiendo ésta luz, que no yerra,

Al Ministro de Christo en la tierra.

Á él descubre tus culpas humilde,

Sin quitar una coma, ni un tilde.

Oyele, como Pablo á Ananias,

Instrucciones devotas y piás.

Obedece á su voz, y mandato,
Sin demora, y con dócil conato.

Que Dios le ha conferido sus veces,
Y á Dios oyes, á Dios obedeces.

Á los pies de Jesus Magdalena
Dulcifica llorando su pena.

Y consigue en sus nobles amores
Del Señor excelentes favores,

Pues no ménos Clemente es ahora
Quien salvó á ésta feliz pecadora,

Tu remedio le pide, rendido,
Con filial amoroso gemido.

Puede ser, que consiga tu llanto
La infusion del Espíritu Santo.

¡Oh si dicha tan alta tuvieras,
Aunque nunca jamas lo supieras!

¡Oh si en ella, una vez conseguida,
Te fixáras sin nueva caída!

Si gustáras de Dios la presencia,
Aun temiendo tu propia conciencia,

¡Qué consuelo tan dulce hallarias
Del apuro que triste sufrías!

Cambia pues tus antiguas ideas,
Si lograr bien tamaño deseas,

Ambicion, avaricia, intemperie
No estén ya de tu vida en la serie.

Lleva á bien passagera amargura

Por gozar ésta oculta dulzura.

Aborrece instantánea delicia,

Que este interno consuelo desquicia.

No apetezcas terreno contento,

Que conduce al eterno tormento.

Ni resistas cobarde la prueba,

Que al eterno descanso te lleva.

¡Oh carácter de humanas passiones!

Allá penas; acá turbaciones.

Por allá privacion de la Gloria;

Por acá vanidad transitoria.

Salomon, Rico y Sábio Monarca

Toda especie de gustos abarca,

Nada niega al curioso deseo:

Y éste es todo su afán y su empleo.

¿Y qué encuentra despues en sus obras?

Vanidad, afliccion, y zozobras.

¡Oh infelices passiones humanas!

Siempre fuisteis molestas y vanas.

¡Oh inconstante mundana alegría!

Insensato el que en tí se confia.

¿Qué se ha visto en pasadas edades?

Vanidades, y mas vanidades.

¿Y qué muestran los últimos años?

Desengaños, y mas desengaños.

Aquí un Grande, allí un Noble abatido,

Allá errante un Magnate engreído.

Por un lado atacados los Reyes;

Y por otro abolidas las leyes.

Cien coronas caidas al suelo:

Otras tantas alzadas de un vuelo.

Estas nuevas de un golpe postradas;

Y las otras de nuevo elevadas.

Mira allá aquel Audaz tan temido

A un estrecho peñon reducido.

¿ Si ésto passa en lo que es mas estable,

Que promete lo menos durable?

¿ Si éstos bienes, qual ves fueron sueños,

Qué se espera de bienes pequeños?

Inquietudes y mas inquietudes,

Que á su vez brotarán: no lo dudes.

Nada hay firme: y si un fuego se apaga,

Otro enciende la furia, que vaga.

Y si en todo es templada la suerte,

Todo viene á acabar con la muerte.

Trata pues de negarte á tí mismo,

Y renuncia al mundano embolismo.

La fortuna, el placer, y riqueza

En la culpa mil veces tropieza.

Y sin duda Dios quiso por esto,

Fuesse el bien de ésta vida funesto,

Para que el sinsabor, que reparte,
De su nimia aficion nos aparte.
No te turbes, si vieres á alguno
Blasonar de su dicha importuno.
La injusticia y maldad ensalzadas
A su tiempo serán reprobadas.
La virtud, é inocencia oprimidas
A su tiempo serán aplaudidas.
Quando al Justo la suerte le falta,
Suele estar en su dicha mas alta.
Sombra vana, miseria, y trabajo
Es el bien temporal de acá abaxo.
Solo es bien, provechoso y seguro
Ir á Dios con espíritu puro.
Huye el mal, obra el bien, busca el nido
De la paz, que supera al sentido.
Gozarás libertad verdadera,
Fructuosa, agradable y sincera.
Probarás aquel nectar sabroso,
Que el Señor preparó al temeroso.
Y verás algun dia borrados
En el libro de Dios tus pecados.

Pide á Christo, rendida, ó musa mía,
 Perdón de tu tibieza, y de tus yerros.
 Y en el pie de su Cruz avergonzada
 Fixa éste memorial, que le presento.
 Haz, mi Jesus Divino,
 Que en ese duro leño
 Contigo esté abrazado,
 Hallando en su contacto mi remedio.
 Lexos de mi alvedrio
 Todo vano deseo.
 Sea tu Cruz mi gloria.
 No quiera yo otra gloria en éste suelo.
 Tú para mí eres vida.
 ¿A qué otra vida quiero?
 Muera yo amigo tuyo,
 Que es mi seguro, y único provecho.
 Mucho, Señor, te pido;
 Mas no me basta ménos.
 Pídate yo animoso,
 Pues no te enfada, ni te cansa el ruego.

FIN.